



Pseudónimos: ¿identidad metafísica o artística?¹

Pseudonyms: metaphysical or artistic identity?

RODRIGO ALFONSO GONZÁLEZ FERNÁNDEZ ^a

Resumen

Pese a su uso e importancia, no hay investigaciones semánticas sobre los pseudónimos. Aunque resulta claro que los nombres ficticios son importantes en la definición de la identidad de un artista, no ha habido mayor investigación sobre el rol que desempeñan. Aquí, justamente intento mostrar que son fundamentales en el arte, porque permiten crear la identidad de un personaje, pero ello ocurre principalmente en el mundo social. Dada la escasez de investigaciones sobre los pseudónimos y sobre su conexión con la identidad, este artículo muestra: i) que no pueden ser designadores rígidos kripkeanos; ii) que la identidad que conllevan es puramente artística, y no metafísica. En la primera sección, apoyo parte de la propuesta de Kripke acerca de los designadores rígidos: los nombres propios, como tales designadores, deben analizarse a la luz de los mundos posibles; esto es, en términos de cómo podrían haber resultado las cosas de otra manera. En la segunda sección, examino los antecedentes y las consecuencias de que dichos nombres sean designadores rígidos. En la tercera, en cambio, argumento que los pseudónimos *no* pueden ser designadores rígidos como los nombres propios. Dicha conclusión es alcanzada a partir de la variación de un experimento mental kripkeano, uno que versa sobre Dios y el esfuerzo de Él para crear objetos. En la sección final muestro que los pseudónimos, en vez de designar rígidamente, crean personajes en el mundo social. Por ello la identidad que conllevan no es interna a los objetos; por el contrario, es un tipo de identidad que *solo* pertenece al mundo social.

Palabras clave: Nombres. Designadores rígidos. Pseudónimos.

¹ Agradezco sinceramente la discusión de partes esenciales de este ensayo a Jan Heylen, Felipe Morales y Guido Vallejos. Sin su valiosa colaboración, el ensayo no sería lo que es.

^a Universidad de Chile, Ñuñoa, Santiago de Chile, Chile. Doutor em Filosofia, e-mail: rodgonfer@gmail.com

Abstract

In spite of their use and importance, no semantic studies about pseudonyms have been proposed. Even though it is clear that such names are important for defining the identity of an artist, there are no important theories on the role that pseudonyms play. Here, I attempt to show that these names are fundamental in arts, because they allow the creation of a character, one that only exists in the social world. In view of the inexistence of research about pseudonyms and their relation to identity, in this article I concentrate on examining how: i) pseudonyms cannot be Kripkean rigid designators; ii) the type of identity pseudonyms involve is purely artistic, and not metaphysical. In the first section, I endorse part of Kripke's theory, showing that names should be examined in terms of possible worlds. That is, in terms of how the world may have turned out otherwise. In the second section, I look at the antecedents and consequences that pseudonyms be rigid designators. In turn, in the third section, I argue that pseudonyms cannot be that kind of designators. In order to draw this conclusion, I resort to a variation of Kripke's thought experiment about God, and the way in which He has to make an effort to create certain objects. Finally, in the fourth section, I show that, unlike rigid designators, pseudonyms create characters in the social world; thus, the kind of identity they involve is not internal to the object. Rather, it is a type of identity that only belongs to the social world.

Keywords: Names. Rigid designators. Pseudonyms.

Introducción

Kripke (1985, p. 13-15), de manera simple y elegante, argumenta que el significado de un nombre no es una descripción definida, o un colgajo de estas. Si lo fuera, una serie de problemas surgirían. De hecho, algunas intuiciones parecen darle la razón, en el sentido de que uno podría negar toda descripción definida asociada a un nombre. Incluso así, el nombre significaría, porque el referente sería el portador seleccionado por el nombre. Parece, entonces, que la cuestión acerca del significado y la referencia de los nombres queda definitivamente zanjada. Por supuesto, esto no es de suyo evidente: hay muchos detractores de Kripke (por ejemplo, EVANS, 1973).

Teniendo presente el debate de la referencia, y el de la relación entre los nombres y la identidad, en este trabajo analizo un problema que ha sido sistemáticamente soslayado por los filósofos del lenguaje, incluyendo a Kripke: los pseudónimos. Estos, aunque pueden usarse como nombres, son designadores no rígidos cuya referencia se establece mediante la atribución de funciones de estatus. Para probar que los pseudónimos se usan como

nombres, pero que no pueden ser designadores rígidos, utilizaré las propias intuiciones kripkeanas; con la variación de uno de sus experimentos mentales, muestro que los pseudónimos *necesariamente* no son designadores rígidos. En efecto, actúan como *descripciones definidas ocultas*, cuestión que ocurre en el mundo social.

El trabajo está dividido en cuatro secciones. En la primera muestro de qué manera la concepción kripkeana de los mundos posibles tiene un fuerte arraigo en intuiciones sobre cómo podrían haber sido las cosas alternativamente. En la segunda sección me aboco a mostrar que, si en efecto todos los nombres son designadores rígidos, entonces ellos deben dar lugar a enunciados de verdad necesarios. En vista de esto, en la tercera sección exploro de qué forma los pseudónimos se usan como nombres, pero no pueden ser designadores rígidos. Finalmente, en la cuarta y última sección, muestro que son los pseudónimos desde el punto de vista semántico. Son términos que ayudan a imaginar roles y personajes en el mundo social. Por tanto, conllevan identidad puramente artística, y no metafísica.

1. El ABC de los Mundos Posibles kripkeanos

Un principio fundamental de las teorías descriptivistas de la referencia, léase la tríada Frege-Russell-Searle (FREGE, 1972, RUSSELL, 1919, SEARLE, 1991) es que la identificación del portador de un nombre propio se asocia con una descripción definida, o bien con un colgajo de tales descripciones. Pese a la popularidad de esta tesis, ella no satisface una intuición, a saber, si los nombres propios significan mediante una descripción definida de la forma “El tal y tal” (e.g. “El poeta chileno que recibió el premio Nobel”), podría darse el caso, en teoría al menos, de que ninguna descripción que *sepamos* asociada al nombre sea verdadera. Para ponerlo de manera simple y sin tecnicismos, si las descripciones definidas asociadas a “Néftalí Reyes” son las siguientes:

DD1 El poeta oriundo de Parral

DD2 El autor de *20 poemas de amor y una canción desesperada*

DD3 El candidato a presidente del Partido Comunista Chileno

...

Uno podría siempre *imaginar* que el mundo hubiera resultado de una manera distinta a como lo hizo y, por lo tanto, que todas las mencionadas descripciones definidas, supuestas

identificadoras del nombre, resultasen falsas. Pero, como bien argumenta Kripke (1985): nadie estaría tan proclive a aceptar que $a \neq a$, o que Neftalí Reyes no es Neftalí Reyes. En efecto, según la teoría kripkeana, la cual se inspira en Leibniz, la identidad es *una relación interna de los objetos* (KRIPKE, 1985, p. 11), por lo que, si un objeto X existe, entonces es necesario que X sea idéntico a sí mismo. Si ello es así, la identidad nada tiene que ver con lo que *sabemos* acerca de cualquier objeto, ni se sigue, por lo mismo, que el significado de un nombre sea una descripción o un colgajo de descripciones asociadas al portador de dicho nombre.

Estas reflexiones kripkeanas caracterizan el significado de los nombres en términos modales, o para simplificar, gracias a la noción de *mundo posible* (KRIPKE, 1985, p. 23 y pássim). Usualmente, es más fácil y conveniente decir lo que los mundos posibles kripkeanos no son: nada tienen que ver con galaxias perdidas, planetas lejanos, o dimensiones desconocidas.¹ Por el contrario, para Kripke, un mundo posible es una forma de estipular lógicamente *cómo podrían haber resultado las cosas en este mundo, el real*. Por ejemplo, Donald Trump podría haber perdido las elecciones en EEUU, y no se habría convertido en el 45° presidente de dicha nación. Y así vale para las situaciones del mundo real que podrían no haber acontecido, o que podrían haberlo hecho de una manera totalmente distinta a como lo hicieron.

Los mundos posibles kripkeanos son estipulados lógicamente con base en el mundo real. Kripke lo ejemplifica de manera simple y elegante con una analogía: los dados. Tal analogía es la siguiente:

Se echan dos dados común y corrientes (llamémoslo el dado A y el dado B) y muestran dos números diferentes en la cara superior. Hay seis posibles resultados para cada dado, de manera que hay treinta y seis estados posibles del par de dados con respecto a los números que salen en las caras superiores, aunque solo uno de estos estados corresponde a la manera como de hecho caerán los dados. Todos aprendimos en la escuela cómo calcular las probabilidades de distintos sucesos (asumiendo la equiprobabilidad de los estados). Por ejemplo, puesto que hay solo dos estados que dan por resultado un tiro de once en total –(el dado A, 5; el dado B, 6) y (el dado A, 6 y el dado B, 5)–, la probabilidad de tirar once es $2/36 = 1/18$.

¹ Lo pongo de una manera algo jocosa, por la relación que alguien podría hacer entre los mundos posibles y los mundos de ficción literarios, o aquellos que se miran con telescopios (KRIPKE 1985, p. 57). Sin embargo, la semántica de los mundos posibles involucra un importante debate en filosofía del lenguaje, especialmente en relación con el estatus metafísico que tienen. Véase, por ejemplo, Loux (1979) y el más reciente de Szabó Gendler y Hawthorne (2002).

Ahora bien, al hacer estos ejercicios escolares de probabilidades, se nos introdujo de hecho en una tierna edad a un conjunto de “mundos posibles” (miniatura). Los treinta y seis estados posibles de los dados son literalmente treinta y seis “mundos posibles”, en tanto que ignoremos (ficticiamente) todo lo demás acerca del mundo excepto los dos dados y lo que muestran en sus caras superiores (e ignoremos el hecho de que uno o ambos dados podrían no haber existido). (KRIPKE, 1985, p. 24).

La noción de mundo posible es crucial para entender de qué forma el significado de los nombres no está asociada a descripciones definidas. Kripke, con su análisis en términos de mundos posibles, o de análisis contrafáctico (i.e. contrario al mundo real), revolucionó la filosofía del lenguaje en este preciso sentido. Lo hizo porque, a diferencia de lo que creen los filósofos descriptivistas (la tríada mencionada arriba), la identidad es un asunto de corte metafísico, y no de lo que sabemos acerca de un objeto, una cuestión epistémica, lo que fija el referente de un nombre. Por ejemplo, parece obvio, evidente, que Nefalí Reyes es Pablo Neruda, de la misma forma en que uno podría sostener que $a=b$, si es verdadero esto. Pero, no es tan simple sostener que es *necesario* que Nefalí Reyes se haya convertido en un poeta cuyo pseudónimo es “Pablo Neruda”, tal como examino más abajo con detención.

Otro ejemplo permitirá comprender mejor cómo funcionan los mundos posibles. Supongamos que un bebé nace un día como hoy, y que sus padres orgullosos lo bautizan con el nombre de José. Desde ese momento, esto es, desde la ceremonia bautismal misma, Kripke argumenta que se inicia una cadena causal que permite identificar a ese bebé. De esta forma, la identidad del bebé es asociada por todos los hablantes; i.e., con su nombre nos referimos a José. La cadena causal es fundamental, porque fija la referencia del nombre *rígidamente*, y en todo mundo posible, desde la ceremonia bautismal. Hay que recordar que para los filósofos descriptivistas, en cambio, existe al menos una descripción definida que está adscrita al portador del nombre, y por tanto estipula su significado.

Para Kripke, “José” designa rígidamente a José en todo mundo posible. Ello, hay que recordar también, no acontece con las descripciones definidas. Por ejemplo, si los padres imaginaran qué será José cuando sea adulto, la cuestión se torna bastante difusa, en tanto nos permite manifestar una serie de posibilidades, e incluso de preferencias y decisiones personales. Para Raquel, su madre, es *posible* que José sea un gran y connotado filósofo, mientras que para Víctor, su padre, es *posible* que José sea un gran ingeniero. Nótese que en ningún caso, en la medida que son situaciones imaginadas, estamos comprometidos con la verdad de una proposición. En consecuencia, es bastante clara la relación entre el

nombre y la identidad del portador “bautizado”, pero no la relación entre este y lo que puede hacer a futuro. Todas las posibilidades asociadas a qué será José son, como el caso de los dados, mundos posibles. De hecho, resulta plausible que todas las carreras, profesiones y ocupaciones que imaginemos no se den en el futuro. Por ejemplo, si José *decidiera* convertirse en un anacoreta (vuelvo sobre este problema más abajo). Por lo mismo, todas las descripciones posibles para referir a José como “el filósofo que...”, “el ingeniero que...”, “el político que...”, y similares, podrían no darse en el mundo real.

Justamente, en la siguiente sección abordo la tesis kripkeana acerca de los nombres y la figuración de estos en enunciados de identidad. En particular, muestro que los nombres tienen una peculiaridad que permite comprender mejor por qué se asocian a la identidad de un objeto: son designadores rígidos; una consecuencia de esto es que fijan su referencia en todo mundo donde efectivamente exista el referente.

2. Kripke: los nombres como designadores rígidos

La identidad parece una cuestión simple, al menos desde el punto de vista metafísico. Por ejemplo, los enunciados de identidad son siempre necesarios, en el sentido más filosóficamente inocente que uno pueda darle a esta afirmación: son verdaderos inequívocamente, es decir, son *siempre* verdaderos. De hecho, se puede considerar como evidente el siguiente enunciado:

Los alienígenas son no terrícolas

En efecto, si un individuo no es habitante de la Tierra, entonces debe necesariamente ser alienígena. Tal como se sabe también, negar los enunciados de identidad resulta en una contradicción. Si alguien dijese “No es el caso que los alienígenas son no terrícolas”, sería entonces similar a afirmar “Los alienígenas no son alienígenas”. Ello, indudablemente, es absurdo, y alguien que afirmase tal cuestión no sería tomado en serio. Esto último es más evidente en el caso de la identidad y de los enunciados que la estipulan. En particular, es más obvio en el caso de los nombres que co-denotan, tal como “Héspero” y “Fósforo”. Ambos, en efecto, refieren a Venus.

En virtud de la Ley de Leibniz, Kripke (1985) considera que la identidad metafísica implica necesidad, porque describe una relación *interna* de los objetos y, así, los enunciados

de identidad acerca de un objeto se estiman *siempre* verdaderos. Por ejemplo, usualmente se estima que es necesariamente verdadero que Neftalí Reyes es Pablo Neruda.

Es precisamente Kripke, el más importante defensor contemporáneo de la relación entre significado, identidad y necesidad, al tratar a esta última mediante la noción de “designador rígido” (KRIPKE 1985, p. 11-12, 22 y 56). Vale la pena profundizar la relación entre identidad y necesidad, en función de la noción de designador rígido, de la siguiente manera:

- 1) Para los objetos X e Y, si $X=Y$, entonces si X tiene la propiedad F, entonces también la tendrá Y;
- 2) Todo objeto es necesariamente idéntico a sí mismo (por ejemplo, es necesario $X=X$);
- 3) Si dos objetos $X=Y$, entonces si es necesario que $X=X$, es necesario que $X=Y$.
- 4) 3 es una sustitución de 1, a raíz de la denominada Ley de Sustitutividad.
- 5) A partir de 2 y 3 se sigue esta conclusión:

Para los objetos X e Y, si $X=Y$, entonces es necesario que $X=Y$.

También es importante notar que si dos términos t_1 y t_2 co-denotan a un objeto O, y es necesario $O=O$, es decir, que un objeto sea idéntico a sí mismo, es necesario que $t_1=t_2$. Por tanto, esto es fundamental para las intuiciones kripkeanas: ambos términos referirán al mismo objeto con independencia de lo que *sabemos* acerca de dicho objeto, siempre que él exista en el mundo real, o en mundos posibles.

En virtud de la necesidad de la identidad a causa de la designación rígida, esto es, de que haya términos que en todo mundo posible designen al mismo objeto donde este exista, Kripke critica la posibilidad de que haya enunciados de “identidad contingente” (1985, p. 108). ¿Pero cómo los enunciados de identidad podrían ser contingentes, si se ha afirmado más arriba que son siempre necesarios?

Tradicionalmente, la identidad contingente se atribuye a enunciados como “El gran capitán genovés es el descubridor del nuevo mundo”. Lo central aquí, es que si la identidad es ajena a lo epistémico y, por lo mismo, que si hay identidad metafísica entre términos que co-denotan un mismo objeto, un enunciado que los incluye es una verdad necesaria

(KRIPKE, 1985, p. 12). Ello debería ser el caso de nombres propios con misma referencia (e.g. “Everest”, “Gaurisanker”, “Héspero”, “Fósforo”, etc.). En consecuencia, las identidades contingentes no serían más que una pura ilusión filosófica, según Kripke.

Ahora bien, los designadores no rígidos explicarían las supuestas “identidades contingentes”. Estos son expresiones que podrían no referir al mismo objeto en algún mundo posible, como las descripciones definidas:

El presidente número 44 de EEUU (DD_1) = El presidente de color de EEUU (DD_2) (en mundo posible W_n $DD_1 \neq DD_2$).

Luego, *todas* las identidades contingentes serían producto de identificaciones incorrectas entre designadores no rígidos; estos son producto de ilusiones epistémicas en que se concibe un término como no idéntico a otro, en cuanto a la referencia de ambos.

Según Kripke, los nombres, entonces, son designadores rígidos, mientras que las descripciones definidas, en general, son designadores no rígidos. Es importante hacer notar que una excepción a esta última regla la constituyen las descripciones definidas como “la razón de la circunferencia de un círculo a su diámetro” y similares, en que, efectivamente, seleccionan rígidamente un objeto. Una prueba de ello es que π “se usa como el nombre de un número real, el cual, en este caso, es necesariamente la razón de las circunferencias, de un círculo a su diámetro”. (KRIPKE, 1985, p. 68).

Todas estas disquisiciones kripkeanas tienen un fuerte arraigo en intuiciones metafísicas, esto es, en la identidad interna de los objetos. Sin embargo, como argumento en la siguiente sección, la propiedad de designar rígidamente de los nombres no aplicaría en el caso de los pseudónimos. Estos, aunque se usan como nombres, refieren a un personaje en el mundo social.

3. El problema de los pseudónimos

La primera cuestión que es importante examinar es si los pseudónimos son nombres. De acuerdo con la tercera acepción del diccionario RAE, los pseudónimos son “nombres utilizados por artistas, en vez de los suyos propios”. Si esto es así, son *nombres ficticios* que se dan en el ámbito del arte. De esta manera, Neftalí Reyes, un hombre oriundo de Parral, habría utilizado el pseudónimo “Pablo Neruda”, al punto de que muchísima gente ignora el nombre real.

Es curioso que a veces se simplifique el estatus de los pseudónimos, al referir a su etimología simplemente como nombres falsos. En función de su uso, es claro que los artistas emplean pseudónimos para darse a conocer.

En rigor, desde un punto de vista sintáctico, los nombres usualmente se distinguen de los sustantivos. Los nombres propios son sintagmas nominales, esto es, son partículas del lenguaje que se agrupan y que incluso dan origen a frases nominales (PAYNE y HUDLESTON, 2002, p. 516). En el caso de Neftalí Reyes, el nombre es compuesto de “Neftalí” y “Reyes”. Puede haber más nombres compuestos como “El Golfo de México” y similares. E incluso algunos que parecen estructuralmente ambiguos como “Ciudad de México”, o “Distrito Federal”.

En general, se considera que los nombres son sintácticamente definidos, pues van en las frases con marcadores de definición (GEURTS, 1997, ANDERSON, 2006). Y como remarca CUMMING (2013, p. 1):

Dado que las expresiones definidas incluyen pronombres, demostrativos y descripciones definidas, tal evidencia se emplea para apoyar planteamientos en los cuales los nombres se subsumen a una de estas categorías (LARSON y SEGAL, 1995, ELBOURNE, 2005), aunque esto es consistente con los nombres que forman sus propias especies definitorias.

Otra característica sintáctica de los nombres es que pueden modificar otros sustantivos, como en “un residente de México, D.F.”.

No obstante, es importante recordar que los pseudónimos son utilizados como nombres *en el ámbito del arte*. Tal carácter, no obstante, no hace que no operen sintácticamente como nombres. En efecto, el pseudónimo “Pablo Neruda” puede llegar a suplantar al de Neftalí Reyes, al punto de que mucha gente ignore el nombre real del poeta oriundo de Parral. Más aún, “Pablo Neruda” es un sintagma nominal, que exhibe características sintácticas similares al nombre original del poeta chileno.

Pero, la cuestión semántica es, indudablemente, la más relevante con relación a los pseudónimos. Desde el punto de vista del significado de los nombres, uno tendería a pensar que, pese a ser nombres ficticios, los pseudónimos tienen las mismas propiedades semánticas de los nombres. De hecho, un ejemplo que se podría aducir, a propósito de los nombres y de las oraciones de identidad es, justamente el propuesto, el de Neftalí Reyes y Pablo Neruda.

Pero, es necesario proceder con cuidado. Los ejemplos que sirven como casos de enunciados de identidad (como los usados arriba en relación con Pablo Neruda), y que incluyen pseudónimos, son poco pulcros y algo apresurados. Lo son porque, si asumimos la teoría de Kripke (1985), y si esos nombres ficticios se usan como nombres, deberían ser designadores rígidos. Ello justamente no ocurre con los pseudónimos, que más bien contarían como designadores no rígidos, es decir, como expresiones que pueden seleccionar a otro objeto que el referido por un nombre real. He aquí por qué: si existe el individuo Neftalí Reyes en algún mundo posible, uno tendería a pensar que “Pablo Neruda” co-denota junto con el nombre original, y ello debería ocurrir en todo mundo posible. Entonces parece, en primera instancia, una situación análoga a la de Héspero, Fósforo y Venus, o al menos no parecerían haber razones para pensar que la situación es diferente. Sin embargo, este parecer es errado.

De manera similar al caso de José explicado en la primera sección, las posibilidades de que Neftalí Reyes no haya decidido convertirse en poeta son innumerables. En efecto, podría haber decidido ser profesor, juez, notario, empresario, académico, bombero, policía, etc. Todo lo que uno puede imaginar de Neftalí Reyes no asociado a ser literato cabe aquí, y más importante todavía, todas esas posibilidades constituyen mundos posibles al estilo kripkeano.²

De hecho, es posible pensar en un mundo posible en que Neftalí Reyes *decide* convertirse en un connotado personaje de la farándula chilena, y que solo después es elegido presidente de Chile. Pero, ese mundo no implica que Neftalí Reyes *sea necesariamente* Pablo Neruda. De hecho, si un objeto es Neftalí Reyes, ello *no implica* que exista Pablo Neruda también, pues el primero podría haber decidido no dedicarse a la poesía. Podría haberse dedicado a la alta cocina. Es decir, a mi juicio, no existe contradicción entre el mundo posible en que Neftalí Reyes existe, pero este no toma la decisión *clave* de convertirse en poeta y adoptar el pseudónimo “Pablo Neruda”. Dicha decisión, justamente, podría no haber sido tomada por Neftalí Reyes, que es lo que acontece en todos los mundos posibles

² La cuestión de la decisión de una persona de convertirse en artista o literato es crucial para el presente análisis. En efecto, hay una infinidad de mundos posibles donde Neftalí Reyes no toma la decisión de ser Pablo Neruda. Pero, mientras que una decisión siempre *podría no haber sido tomada o haber sido tomada de otra forma*, Héspero y Fósforo denotan en todo mundo donde exista Venus. O de cualquier otro ejemplo en que haya co-denotación de términos, y por tanto, necesidad de la identidad.

en que no es el caso que Neftalí Reyes es poeta. Nótese que ello no es el caso de “Hespero” y “Fósforo”, porque no hay ninguna decisión involucrada, y no depende de la voluntad humana que estos nombres co-denoten al objeto Venus (vuelvo sobre este punto más abajo).

Un pseudónimo es producto de una ceremonia bautismal en que alguien decide *auto-bautizarse* con un nombre literario, y lo da a conocer. Así, dicha persona decide ser un artista en el mundo literario, el cual es parte del mundo social. Cabe destacar que ser un artista es, a todas luces, una propiedad contingente, esto es, es una propiedad que el portador de un nombre puede no tener en otros mundos posibles. Esto *no* ocurre, por ejemplo, en el caso de una propiedad esencial, la del ADN de Neftalí Reyes, que debe estar adscrita a este en todo mundo posible en que el objeto exista. Así, mientras que ser poeta es contingente a Neftalí Reyes, y dependiente de la decisión mencionada arriba, tener su ADN no lo es. En efecto, si Neftalí Reyes tuviera otro ADN, simplemente no sería Neftalí Reyes, pero si este no fuera poeta, podría seguir siendo él en otros mundos posibles.

Indudablemente, es perfectamente posible que ningún pseudónimo se asocie a un nombre propio, que es lo que sucede ordinariamente con los nombres propios. Por ejemplo, José podría no dedicarse al arte, y por lo mismo no tendría pseudónimo asociado. En consecuencia, no hay relación de necesidad entre nombres propios y pseudónimos, a diferencia de lo que acontece con los nombres propios en tanto términos que co-denotan, y que, por lo mismo, cuentan como designadores rígidos al estilo kripkeano.

No obstante, para no cometer una petición de principio, a propósito de los pseudónimos y su carácter no rígido, propondré un argumento. Tal como hasta aquí he examinado, lo haré en los mismos términos en que Kripke argumenta, es decir, en función de intuiciones relacionadas con la identidad. En efecto, reutilizaré uno de sus argumentos, que justamente se fundamenta en dichas intuiciones. Con ello espero convencer a quienes todavía insisten en que, si los pseudónimos se usan como nombres, y los nombres son designadores rígidos, entonces necesariamente los pseudónimos son designadores rígidos.

A partir de las consideraciones metafísicas acerca los términos de clase natural y de su referencia, Kripke hace sesudas reflexiones en contra de la denominada Teoría de la Identidad (TID, en adelante). Según los filósofos materialistas que proponen TID (PLACE, 2002, SMART, 2002), la mente es *idéntica* el cerebro y, por tanto, todos los estados mentales

no son nada más que estados neurales. A partir de esta afirmación, Kripke hace una importante crítica: si hay identidad entre estados mentales y estados neurales, esa identidad debería ser necesaria. Pero, ello no acontece: es posible imaginar que el dolor no es causado por la activación de las fibras C; a su vez, que dicha activación no cause nada absolutamente.

Para apoyar estas consideraciones acerca del carácter problemático de TID, Kripke plantea un experimento mental crucial, el cual modificaré en aras de mostrar que los pseudónimos no pueden ser designadores rígidos, y más aún, que generan verdades contingentes:

Supongamos que imaginamos a Dios creando el mundo: ¿qué necesita hacer para hacer que se dé la identidad entre el calor y el movimiento molecular? Parecería que aquí todo lo que necesita hacer es crear al calor, esto es, el movimiento molecular mismo. Si las moléculas de aire en esta tierra se agitan suficientemente, si hay un fuego ardiendo, entonces la tierra estará caliente *aun cuando no haya observador que lo vea*. Dios creó la luz (y, por tanto, creó haces de fotones de acuerdo con la doctrina científica actual) antes de haber creado observadores humanos o animales, y lo mismo vale, presumiblemente, para el calor [...]

¿Cómo puede parecernos que la mera creación del movimiento molecular deja aún a Dios *la tarea adicional* de convertir el movimiento molecular en calor? (KRIPKE, 1985, p. 158-159, énfasis mío).

Si Dios crea las fibras C, también debe hacer un trabajo adicional, creando observadores que sientan el dolor cuando se activen ellas. Pero, al revés, si crea el dolor, no debe hacer un trabajo adicional de ningún tipo: al tener el dolor una propiedad fenomenológica esencial, crea al mismo tiempo a seres a quienes el dolor duele. Kripke enfatiza el punto de esta manera:

Parecería, sin embargo, que para hacer que la estimulación de la fibra C corresponda al dolor, o sea sentida como dolor, *Dios tiene que hacer algo además de la mera creación de la estimulación de las fibras C*; tiene que hacer que las criaturas sientan la estimulación de las fibras C como dolor [...] (KRIPKE, 1985, p. 159, énfasis mío).

Tal como remarco arriba, se puede extrapolar este experimento mental de Dios al caso de los nombres y los pseudónimos. En efecto, con un experimento mental similar se puede establecer que no existe verdad necesaria en caso de incluir pseudónimos y nombres en un enunciado. Si esto es así, quiere decir que los enunciados que incluyen nombres y pseudónimos son verdades contingentes, pese a que los últimos parecen nombres reales también.

Supongamos que Dios quisiera replicar a Neftalí Reyes, de modo que creara un *doppelgänger* de este, es decir, una réplica idéntica. Sin duda ello sería posible para la deidad y su omnipotencia. Como para la deidad todo es posible, puede crear una réplica idéntica de Neftalí Reyes, basándose en copiar su ADN. Esto es, si creara una réplica de Neftalí Reyes, habría creado un *doppelgänger* del hombre oriundo de Parral. Pero, para hacer que este se convierta en un poeta connotado, esto es, para que llegue a ser Pablo Neruda, parece que debería haber un esfuerzo divino adicional. En concreto, Dios debería hacer que el *doppelgänger* tuviese la vida, la historia de un poeta talentoso, y no de un empresario, árbitro u otra cosa. En concreto, Dios debería hacer que Neftalí Reyes tuviera la “vena artística o poética”³ de Pablo Neruda, además de su vida como vate. Entonces, es posible concluir que los pseudónimos se usan como nombres, y que nos hacen pensar que refieren necesariamente al portador, pero que no pueden ser designadores rígidos: “Neftalí Reyes” selecciona a Neftalí Reyes, pero “Pablo Neruda” no necesariamente selecciona a Neftalí Reyes en todo mundo posible (vuelvo sobre esto más abajo). Lo mismo se sigue para todos los pseudónimos. Justamente, trato este punto en la cuarta y última sección la cual examina, finalmente, cómo significan los pseudónimos.

4. Pseudónimos: significan al referir a personajes en el mundo social

Alguien no convencido con el experimento mental de Dios podría llevar más allá aún las cosas. Se podría, por ejemplo, afirmar que para que Pablo Neruda exista, Dios debe hacer un esfuerzo adicional, no solo creando a Neftalí Reyes. Debería crear, además, las condiciones necesarias para que la “vena artística o poética” de Neftalí Reyes se dé en el mundo, de modo de hacer que sea un connotado poeta y no otra cosa. Esto, por supuesto, es una cuestión estética interesante de examinar, pues parece ser, una vez más, que la duplicación de Neftalí Reyes *no implica ipso facto* la existencia de Pablo Neruda. De hecho, en un mundo en que no hay poesía, ni arte alguno, Neftalí Reyes claramente no podría ser poeta. Nuevamente, esto indica que Dios debería hacer más cosas que solo crear a Neftalí

³ La palabra “vena” significa tener disposición o capacidad especial para algo. En este caso, apunta a la capacidad artística o poética de alguien.

Reyes, basándose en su ADN. Pero, entonces, ¿qué son los pseudónimos y por qué nos llevan a pensar, erróneamente, que designan rígidamente, tal como los nombres lo hacen?

Los pseudónimos se *usan* como nombres, pero son nombres de ficción o ficticios. En relación con este punto, cabe destacar que no puede confundirse la identidad metafísica, que es una relación interna de los objetos, con la “identidad artística” que otorgan los pseudónimos o, precisamente, los “nombres artísticos”. La primera identidad es, en estricto rigor, propia de los objetos, siendo interna a los mismos. El ADN, por ejemplo, alude una propiedad interna de un organismo biológico, que hace que sea lo que es y no otra cosa. Mientras que la identidad artística es solo una función, personaje o rol que desempeña un artista, y que *podría no desempeñarse*. Por este motivo, justamente, se puede afirmar que los pseudónimos actúan como *descripciones definidas encubiertas*. Lo hacen porque como la mayoría de las descripciones definidas, refieren a propiedades contingentes de un objeto; el objeto podría no tener dichas propiedades –ser poeta, por ejemplo– y seguiría siendo lo que es.

En efecto, la existencia de Pablo Neruda depende de funciones que, primero se auto-atribuyen por parte del artista, y luego se *reconocen* y se siguen atribuyendo por el resto de la comunidad. Ser un poeta, entonces, es una función que ocurre en el mundo social, en el mundo de una comunidad lingüística. En consecuencia, en lo referido por los pseudónimos hay funciones, hay personajes, y no solo personas con ADN. Si quisiéramos replicar a Pablo Neruda, no solo tendríamos que replicar a Neftalí Reyes, tendríamos que replicar, *también*, haciendo un esfuerzo adicional, su “vena artística o poética” y parte de su biografía.

La teoría serleana de la Ontología Social (SEARLE, 1997, 2010), permite explicar de qué manera los pseudónimos permiten *crear identidades en el mundo social*. Dada la distinción de Searle entre hechos brutos, mentalmente independientes (e.g. la fotosíntesis), y hechos institucionales, mentalmente dependientes (e.g. los matrimonios), se puede sostener que la identidad metafísica puede contar como un hecho bruto, mientras que la identidad artística es un hecho puramente institucional. Justamente, la identidad entre Neftalí Reyes=Pablo Neruda es fascinantemente ambigua, porque Neftalí Reyes tiene identidad interna, su ADN, mientras que el personaje Pablo Neruda vive gracias a nuestras creencias y actitudes, incluyendo las del propio poeta. Aunque parece originaria de las propiedades esenciales del objeto, en este caso, del ADN de él, ciertamente no lo es. Pensar que el ADN de Neftalí Reyes *necesariamente* determinó que él fuera un poeta notable, es, a mi juicio, un

determinismo biológico demasiado fuerte. En efecto, lo es porque las propiedades biológicas contingentes asociadas a Neftalí Reyes, como su color de pelo, de ojos y, en particular, su historia biográfica, podrían pensarse como necesarias también, y así esenciales en vez de lo que realmente son: contingentes.

Esto muestra, asimismo, que además de las funciones (de estatus) atribuidas, y reconocidas colectivamente (SEARLE, 1997, p. 57-60, y 2010, p. 7 y 59), puede haber también algunas auto-atribuidas, que luego se reconocen y mantienen colectivamente. Si bien Neftalí Reyes es un nombre y un designador rígido, él puede ocultar su identidad original, al auto-bautizarse a sí mismo con el pseudónimo “Pablo Neruda”.

Para poner de manera sucinta lo expuesto en esta sección: estimo que los nombres son designadores rígidos kripkeanos, mientras que los pseudónimos refieren a funciones de estatus auto-atribuidas, que refieren a personajes en el mundo social. Por lo mismo, en el caso de los nombres funciona la teoría kripkeana, pues si $X=Y$, es necesario $X=Y$ (y lo mismo ocurre con los términos que co-denotan). En cambio, en el caso de los pseudónimos, estos significan cuando refieren a una función de estatus atribuida, primero individualmente, y luego, reconocida colectivamente. Entonces, para los pseudónimos la fórmula debería ser tal como con las funciones de estatus serleanas, es decir, “X cuenta como Y en C”. En el caso analizado en este trabajo, debería ser:

“Neftalí Reyes” cuenta como “Pablo Neruda” en el mundo social y literario

Una reflexión final acerca de los pseudónimos es que no es tan extraño que haya términos como estos en el mundo social. En este también hay términos que parecen designadores rígidos, y que figuran en enunciados que parecen de identidad. Cuando nos enfrentamos a ellos dudamos si son necesarios o contingentes, lo cual sugiere que podrían existir algunas “identidades contingentes”, pese a Kripke. Tómense en consideración las siguientes “identidades”:

Congo Belga=Zaire

Zaire=República Democrática del Congo

Congo Belga=República Democrática del Congo

Es claro que el último enunciado parece más una verdad contingente que necesaria. Y lo es porque para que el Congo Belga se haya convertido en la República Democrática del Congo, se requirió que hubiera colonialismo, naciones, independencias, revoluciones,

repúblicas, etc. Es decir, no es en absoluto claro que haya ciertas propiedades *internas* del objeto en cuestión, como debe ocurrir en el caso de la identidad metafísica. Esta y la identidad artística son claramente diferentes, pues solo la última cuenta como un hecho institucional.

Conclusión

Kripke (1985) proporciona un experimento mental, el de Dios, para mostrar que no es necesario Dolor=Activación de las Fibras C. Ello ocurre porque Él debiera hacer un esfuerzo para que la activación de las fibras C *duela*. Utilizando el aparataje de ese mismo experimento mental, he argumentado que Dios, si quiere replicar a Pablo Neruda, debería hacer un esfuerzo adicional para que Neftalí Reyes se convierta en un poeta notable. Es decir, debería crear, además de a Neftalí Reyes, la “vena poética nerudiana” y partes importantes de la biografía de Reyes. Con base en la modificación del experimento mental acerca de Dios, he concluido, entonces, que no hay identidad *necesaria* entre nombres y pseudónimos.

Podemos afirmar con convicción, y contraviniendo la famosa frase de Mark Twain que “la realidad es más extraña que la ficción, porque esta se constriñe por las posibilidades mientras que la verdad no”. Justamente, los pseudónimos pueden analizarse a la luz de los mundos posibles. Tal como se examinó, esas posibilidades se relacionan de manera fascinante con el mundo social, al permitir, incluso, que se generen identidades artísticas que parecen sobreponerse a la identidad metafísica. En relación con este punto, aclaré que mientras los nombres son designadores rígidos, los pseudónimos son términos que refieren a funciones de estatus serleanas, y por tanto se comportan de acuerdo con la fórmula “X cuenta como Y en C”. Por ejemplo, el caso analizado es: “Neftalí Reyes’ cuenta como ‘Pablo Neruda’ en el mundo social y literario”.

Cuestión aparte, aunque cercana a los pseudónimos, es el caso de los nombres de objetos en el mundo social; tal como aquellos requieren que una vida tenga “vena artística”, parece que los nombres de objetos del mundo social requieren de condiciones especiales para poder referir. Analizar tal problema va más allá, no obstante, de los objetivos del presente trabajo.

En síntesis, he caracterizado el rol semántico de los pseudónimos y, en particular, de cómo significan. También he destacado la forma en que la potencia de la imaginación, que juega un rol indiscutible en el mundo del arte, explica una capacidad frecuentemente soslayada por los filósofos del lenguaje, incluyendo a Kripke. Dicha capacidad soslayada es que un ser humano pueda contar como un personaje *en el mundo social* mediante un pseudónimo. Tal parece que los novelistas no solo crean personajes en la ficción; ellos utilizan esta misma facultad de la imaginación para auto-atribuirse, mediante auto-bautizos, *otras* identidades. Los personajes referidos por los pseudónimos son, entonces, efectos de la denominada “identidad artística”; esta, a diferencia de lo que sucede con la identidad metafísica, que se fundamenta en una relación interna de los objetos, permite desempeñar funciones de estatus o roles en el mundo social. Y, como he analizado en este trabajo, tal mundo social es el lugar preciso en que fingimos que nosotros somos *otros*, es decir, el contexto perfecto para permitir que seamos quienes realmente no somos.

Referencias

ANDERSON, J. *The Grammar of Names*. Oxford: OUP, 2006.

CUMMING, S. Variabilism. *Philosophical Review*, v. 117, n. 4, p. 525-554, 2008.

CUMMING, S. *Names*. The Stanford Encyclopedia of Philosophy (Fall 2016 Edition). Disponible en: <https://plato.stanford.edu/archives/fall2016/entries/names/>. Acceso en: 29 ene. 2019.

ELBOURNE, P. *Situation and Individuals*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 2005.

EVANS, G. A causal theory of names. *Proceedings of the Aristotelian Society*, v. suppl, n. 47, p. 187-208, 1973.

FREGE, G. Sobre sentido y referencia. *Zeitschrift für Philosophie un Philosophie Kritik*, 100, 25-50. Valparaíso: Ed. Universitarias de Valparaíso, 1972. p. 47-75.

GEURTS, B. Good news about the Description Theory of Names. *Journal of Semantics*, n. 14, p. 319-48, 1997.

KRIPKE, S. *Naming and Necessity*. Oxford: Basil Blackwell Publisher, reimpresión y traducción al español de VALDÉS, MARGARITA M. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.

LARSON, R., SEGAL, G. *Knowledge and Meaning*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 1995.

LOUX, M. J. *The Possible and the Actual: Readings in the Metaphysics of Modality*. London: Cornell University Press, 1979.

PAYNE, J.; HUDLESTON, R. Nouns and noun phrases. *En*: PULLUM, G.; HUDLESTON, R. *The Cambridge Grammar of the English Language*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. p. 326-522.

PLACE, U. T. Is Consciousness a brain process? *En*: CHALMERS, D. *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Readings*. Oxford: OUP, 2002. p. 55-59.

RUSSELL, B. Descriptions. *En*: *Introduction to Mathematical Philosophy*. London: George Allen and Unwin. Traducido y reimpresso en VALDÉS y VILLANUEVA, L. M. *La Búsqueda del Significado*. Madrid: Tecnos, 1991. p. 46-56.

SEARLE, J. Proper names and descriptions. *Mind*, 67, 166–173. Traducido y reimpresso en VALDÉS y VILLANUEVA, L. M. *La Búsqueda del Significado*. Madrid: Tecnos, 1991, p. 83-94.

SEARLE, J. *La Construcción de la Realidad Social*. Trad. Antoni Domènech. Barcelona: Paidós Ibérica, 1997.

SEARLE, J. *Making the Social World: The Structure of Human Civilization*. Oxford: OUP, 2010.

SMART, J. J.C. Sensations and brain processes. *En*: CHALMERS, D. *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Readings*. Oxford: OUP, 2002. p. 60-67.

SZABÓ GENDLER, T.; HAWTHORNE, J. *Conceivability and Possibility*. Oxford: OUP, 2002.

RECEBIDO: 30/01/2019

APROVADO: 25/01/2021

RECEIVED: 01/30/2019

APPROVED: 01/25/2021